

Primera Parte: Comprender Nuestras Relaciones

Capítulo 4: Problemas y Soluciones

Sólo el desenvolvimiento nos puede dar la posibilidad de alcanzar una visión más trascendente de nuestras dificultades.

Es indudable que cada persona tiene el derecho de pensar por sí misma y de realizar sus ideales; pero, con frecuencia, en la práctica negamos este derecho a los demás. El nivel en que enfrentamos nuestras diferencias no nos permite convivir en armonía y estimular nuestro desenvolvimiento como sociedad humana.

Cuando estamos ante un problema, tratamos de resolverlo. Pero hasta ahora nuestras soluciones no han puesto fin a los problemas. Es muy probable que necesitemos comprender los problemas de un modo más amplio antes de buscar nuevas soluciones, puesto que si un problema no se comprende a fondo, no se cuenta con la base para resolverlo.

Los problemas más graves que enfrentamos no son las catástrofes naturales ni las pruebas que nos trae el destino. Son el producto de nosotros mismos, de nuestra manera de vivir, de trabajar, de relacionarnos. Nuestros problemas, por lo tanto, son principalmente síntomas de nuestras propias falencias. Es fundamental, entonces, no confundir los síntomas con el problema mismo.

Cuando los niños juegan suelen pelearse por los juguetes, aunque haya suficientes para todos. Si no interviene una persona más madura, sus juegos pueden reducirse a lágrimas, angustia y aun agresión física. La pelea, que es la forma en que los niños combaten entre ellos, es la manifestación de su problema en el nivel de los juguetes; en otras palabras, en el nivel del niño. Cada niño imagina que la solución a su problema es tener todos los juguetes para él solo. Una persona madura comprende que ésa no es la solución, ni tampoco darles más juguetes, sino enseñarles a relacionarse de un modo que les permita crecer como seres humanos; convivir, compartir y participar.

Para guiar a los niños debemos ser más maduros que ellos. Como adultos con experiencia comprendemos la relación entre el niño y sus juguetes y, por eso, sabemos cómo orientarlos paulatinamente en su proceso de desenvolvimiento.

A medida que crece, el niño asigna un valor menor a sus juguetes y descubre el valor de aspectos de la vida que hasta el momento ignoraba. Deja de pelearse por los juguetes y se pelea por otros motivos. Pero cuando madura y puede comprender su relación con los demás desde un punto de vista más amplio, deja de pelear.

El hecho de volvernos mayores y considerarnos adultos no implica que seamos maduros en todos los aspectos de nuestra vida. En algunos,

procedemos como si fuéramos niños. Ya no nos peleamos por los juguetes, pero sí por bienes materiales, por prestigio, por poder, por opiniones.

Por eso, cuando enfrentamos nuestros problemas es preciso recordar que, además de la solución inmediata, hay una más amplia: trabajar en un nivel más amplio, el nivel del desenvolvimiento espiritual.

Sólo el desenvolvimiento puede darnos la posibilidad de alcanzar una visión más trascendente de nuestras dificultades, pues al ubicarnos en el gran contexto humano nos permite llegar a la raíz de todos los problemas y a la fuente de todas las soluciones: nuestro egoísmo y nuestra capacidad de amar sin límites. Dar fuerza y preponderancia a uno o a la otra es lo que incrementa los problemas o presenta las soluciones. Por ejemplo, al considerar el problema del hambre, sabemos que debiéramos dar alimento a quienes les falta. Pero al mismo tiempo, sabemos que no podemos disimular lo enorme del problema del hambre con dádivas. Debe haber una terrible falta de madurez en nuestras relaciones para que el hambre exista como problema en este mundo. Si no trabajamos interiormente, espiritualmente, para lograr una relación mejor entre nosotros y todos los seres humanos, nuestras soluciones inmediatas postergan o disfrazan los problemas, pero no los resuelven.

Para resolver un problema es necesario comenzar por comprenderlo desde un punto de vista más amplio. ¿Cómo lo logramos? Trabajando en nuestro desenvolvimiento espiritual y madurando como seres humanos. Este proceso, en muchos casos, se interrumpe antes de alcanzar su pleno desarrollo.

Cada grado del desenvolvimiento tiene sus problemas característicos, y éstos absorben gran parte de nuestro trabajo cotidiano. Pero el trabajo de

nuestra vida no debiera reducirse a contener y controlar problemas personales. Nuestro trabajo real y productivo es madurar en forma progresiva. Nuestro desenvolvimiento cambia gradualmente el modo en que vemos los problemas y la forma en que nos vemos a nosotros mismos. Este cambio en el nivel de nuestra visión de las cosas elimina la causa de los problemas y nos permite alcanzar un modo de relacionarnos más armonioso, estable y productivo.